

Un Monumento y unas Rejas

El monumento Montt-Varas, cuya silueta interminable y verde hace contraste con la blanca y deprimida estatua del autor de la gramática, debió ser colocado, según acuerdo de la comisión respectiva, en la calzada sur de la Alameda, frente a la puerta principal del futuro palacio de Gobierno.

Por una cruel ironía del destino, los ardientes defensores de la autoridad presidencial han quedado, sin embargo, frente a frente de sus viejos rivales del Congreso, y han visto a sus moradores socavar año tras año la obra a que dedicaron su existencia.

Desde su estrecha plataforma de bronce, siempre seremoniosos y severos bajo los pliegues de su leva reverdecida por los años, los inseparables estadistas han contemplado manifestaciones turbulentas, pifias a los supremos mandatarios, retardos en la aprobación del presupuesto, palizas, peñeces, intrigas y componendas.

¡Cuanto habrán envidiado, al presenciar ese espectáculo, la morada tranquila de la efigie de Portales, que con la vista fija en la Moneda, ha podido desentenderse de la irresponsabilidad parlamentaria; apenas una que otra poblada turba con sus aplausos o sus pifias la serena inmortalidad del gran Ministro; pero él sabe perdonarlas y explicárselas como inconveniente natural de tener por vecino un diario que se jacta de fiscalizador e independiente. Por otra parte, siempre, las asonadas callejeras tienen un aspecto de juventud, franqueza y simpatía, que pocas veces descuella en los largos y estériles debates de la Cámara.

Tiempo es ya de que se libre a los estadistas del decenio de un espectáculo que, por fuerza debe, ofender sus ideales, y se les traslade al sitio que les había sido destinado. Cuando el nuevo palacio de Gobierno extienda su fachada de puro estilo español, sobre la calzada sur de la Alameda, Montt y Varas dejarán escapar un suspiro de satisfacción y harán una seña a su colega pelucón de la plazuela de la Moneda, como para decirle: - Nada temo que envidiarle.

El traslado del monumento tendrá, además, la prosaica ventaja de que pueda rebajarse la plazuela del Congreso, y los zócalos de los nuevos tribunales luzcan en toda su amplitud.

Y ya que hablamos de cuestiones que se relacionan con el gravísimo problema del ornato público, no estará de más recordar otro detalle.

Existe la tradición o la fábula - confirmada, según dicen, por el cortapluma y la paciencia de numerosos ociosos, - de que las rejas del Palacio de Gobierno son de cobre.... Se las habría pintado, como se pintan año tras año las estatuas de bronce, como se cubren de ladrillo las paredes de los templos de piedra, o como se deforman con aplicaciones de yeso, los edificios de material sólido. En una palabra, se habría respetado el mal gusto nacional.

Otros más indulgentes, creen que las rejas de cobre se han pintado como simple medida de prudencia....

Recuerdan, quizás, el caso de otras rejas de monumentos históricos, que fueron a añadir un soplo de tradición y antigüedad, a los poéticos amores de un regidor manilargo.

Cualesquiera que sea la razón, si las rejas son de cobre, deben ser despintadas. Luzcamos las riquezas del pasado, ya que no las del presente, y trate la policía de que no corran igual suerte que las verjas de fierro que guarnecían las estatuas de O'Higgins y San Martín.